

que uno quiere que digan. Muchos errores corrieron y muchísimas omisiones hubo en tales cuentas, ó por malicia ó por ilusión; pero el aire de candor suplía á la poca claridad. El público quedó admirado de ver por la primera vez penetrar la luz en los misterios del Estado y en los elementos de fuerza y de debilidad de su gobierno, mezclados como nunca se habían visto la moral con los cálculos, los números con nobles ideas, partidas de cargo y data con pensamientos filosóficos. Las cuentas así formadas fueron leídas en los salones y en los gabinetes, y todos discurrieron ó charlaron sobre hacienda y legislación. Pero á los hombres cuerdos y previsores desagradó aquella publicación en que el ministro se atribuía todo el mérito, eclipsando al príncipe: tampoco gustó la idea de repartir uniformemente las cargas

| GASTOS. | |
|---|------------------------|
| 1 Intereses de la deuda pública. | 207.000.000 fr. |
| 2 Reembolsos | 27.500.000 |
| 3 Pensiones. | 28.000.000 |
| 4 Gastos de guerra. | 105.600.000 |
| 5 — de la marina. | 45.200.000 |
| 6 Negocios extranjeros. | 8.500.000 |
| 7 Casa del rey. | 13.000.000 |
| 8 Prebostazgo de palacio. | 200.000 |
| 9 Edificios. | 3.200.000 |
| 10 Casas reales. | 1.500.000 |
| 11 Casa de la reina. | 4.000.000 |
| 12 Familia real. | 3.200.000 |
| 13 Hermanos del rey. | 8.300.000 |
| 14 Gastos de recaudación. | 58.000.000 |
| 15 Aguas y caminos. | 8.000.000 |
| 16 Secretarios de Estado empleados en la administración. | 4.000.000 |
| 17 Intendentes de provincias. | 1.400.000 |
| 18 Policía. | 2.100.000 |
| 19 Empedrado de París. | 900.000 |
| 20 Gastos de justicia. | 2.400.000 |
| 21 Mariscales. | 4.000.000 |
| 22 Depósitos de mendicidad. | 1.200.000 |
| 23 Cárceles y casas de corrección. | 400.000 |
| 24 Dádivas y limosnas. | 1.800.000 |
| 25 Gastos eclesiásticos. | 1.600.000 |
| 26 Gastos del tesoro real y de varias cajas. | 2.000.000 |
| 27 Diferentes sueldos. | 400.000 |
| 28 Fomento de comercio. | 800.000 |
| 29 Garañones. | 800.000 |
| 30 Universidad, colegios. | 600.000 |
| 31 Academia. | 300.000 |
| 32 Biblioteca del rey. | 100.000 |
| 33 Jardín del rey. | 72.000 |
| 34 Imprenta. | 200.000 |
| 35 Construcción y conservación de los palacios de justicia. | 800.000 |
| 36 Intendente de correos y gastos secretos. | 450.000 |
| 37 Otros gastos relativos á correos. | 600.000 |
| 38 Franques y pasaportes. | 800.000 |
| 39 Orden del Espíritu Santo. | 600.000 |
| 40 Gastos en provincias. | 6.500.000 |
| 41 Isla de Córcega. | 800.000 |
| 42 Gastos diversos. | 1.300.000 |
| 43 Gastos particulares del clero en Francia. | 750.000 |
| 44 Gastos particulares del clero en el extranjero. | 50.000 |
| 45 Construcción y conservación de caminos. | 20.000.000 |
| 46 Ciudad, hospitales, tribunal de comercio. | 20.000.000 |
| 47 Gastos imprevistos. | 3.000.000 |
| 48 Añadamos para hacer cuenta redonda. | 78.000 |
| Total. | 610.000.000 fr. |

La cuenta presentada por Turgot en 1775, y que es la única que no se halla tachada de engañosa, presentaba como gastos. 414.445.163
Como ingresos. 377.287.637
Había, pues, un déficit de 37.157.526 fr.

públicas; por lo cual Necker viendo la oposición que se le hacía, dimitió su cargo, y el pueblo, que ya lo quería bien, entonces le adoró.

Á la verdad, Turgot y él eran los dos únicos ministros que habrían podido evitar la Revolución, tomando de esta los principios y poniéndolos en práctica, animados como estaban ambos de un verdadero deseo del bien público, deseo enteramente desinteresado en Turgot, y acompañado en Necker de la ambición de gloria (1). Con ellos desaparecieron los reformadores para dar lugar á ministros cortesanos y á la influencia incontrastada de María Antonieta.

Un nuevo consejo de hacienda lo hechó todo á perder, hallándose el tesoro con un déficit de 210.000.000 por causa de la guerra y

(1) En la cuenta que presentó de su administración en 1791 decía: «Yo era poco conocido cuando el rey me confió la dirección del real tesoro en 1776, ni yo mismo me conocía: porque sin un auxilio exterior queda uno incierto sobre el grado de su talento y la medida de los medios que posee... Yo había leído, observado, reflexionado mucho, y desde mi primera juventud me había ejercitado en los negocios públicos contribuyendo eficazmente á realizar la compañía de las Indias... Había también presentado las meditaciones dignas de un hombre de Estado cuando en 1775 se discutieron los principios aplicables á la legislación y al comercio de granos. Estaba entonces muy en boga el sistema de la absoluta libertad, y se le había hecho extensivo á la exportación sin regla ó medida, y el reino comenzaba á asustarse por sus funestas consecuencias. Pero los filósofos despreciaban la experiencia no admitiendo sino el razonamiento. Mi escrito temió un tanto sus ideas exageradas, oponiéndoles reflexiones de un orden mas elevado que la de los economistas: y desde entonces no se permitió ya discutir la gran cuestión del comercio de granos con aquel soberbio desprecio á los conocimientos prácticos y á las ideas tradicionales; púdose disputar de igual á igual acerca de esta libertad y de sus límites, y creo que en tan delicada controversia terminó la tiranía de la teoría. Primera insurrección afortunada contra aquel reinado filosófico, cuyo despotismo experimentáramos bajo tan diversas formas. Sin embargo, yo debí la elección de S. M. á la absoluta decadencia del crédito público, pues viéndose que este perecía bajo la administración de los hombres de ley, se quisieron experimentar los conocimientos adquiridos en otra carrera.

Pero los expedientes en que se tenía confianza pertenecían á cualquier hombre, pues eran el orden, la economía, la moralidad en todas las transacciones; el único medio era escoger ó mas bien conocer á ciencia cierta que para la administración de las rentas un método sencillo, una conducta íntegra, eran preferibles á todas las habilidades admiradas por las medianías.

Pero el restablecer el crédito, por mas que sea cosa esencial al Estado, no me habría satisfecho si me hubiese distraído un solo día de los intereses del pueblo, perpétuo objeto de mi solicitud. Librando á la nación de los subsidios extraordinarios y superiores á sus fuerzas, la preservaba también de los impuestos permanentes, que parecían indispensables para cubrir el interés anual de los empréstitos destinados á las necesidades de la guerra, y evité este aumento con operaciones de orden y de economía.»

Después de enumerar las dificultades que encontraba la verdad con un ministro unido y soberbio como era Maurepas, se ataba de haber prevenido las exigencias de los tiempos con la publicación de las operaciones del ministerio y el establecimiento de las asambleas provinciales: «Al referir, dice, mi primer ministerio se ha hablado del nuevo espíritu que encaminaba hacia el interés público todas las ideas de beneficencia. Prisiones, enfermerías, hospitales, hospicios, fueron el jeto del gobierno, y las mejoras hechas, los nuevos establecimientos planteados durante la guerra, y los actos múltiples de la bondad y compasión del rey hacia los que padecían, dieron al patriotismo agitado por otras disposiciones mas generales un colorido de dulzura y sensibilidad que ofrecía un espectáculo conmovedor. Hacíase el bien queriéndolo y queríase mandándolo; ningún esfuerzo, ninguna exageración acompañaba los primeros movimientos de una nación que obraba por impulso propio, y no tendía á cambiar su genio natura por el que después le fué preparado.»

de 80 por otros gastos, y habiéndose consumido anticipadamente sobre las rentas futuras 178.000.000 ademas del acostumbrado descubierto de 80.000.000. Pero si la severidad de Necker había asustado, y si la medianía de sus sucesores había sido causa de desaliento, lo fué de tranquilidad la franca audacia de Carlos Calonne, á quien las intrigas de corte habían elevado al ministerio de hacienda. Calonne, hombre ingenioso, tomaba como materia de entretenimiento lo que á los demas parecia trabajo hercúleo, y hacía que lo creyeran hábil tratando ligeramente las cosas mas serias, inclusa la virtud. No pensando nunca en el porvenir, asistía constantemente á los saras de la reina y del conde de Artois; favorecía á sus recomendados, les proporcionaba dinero para sus desórdenes, para ceñir á Paris de muros y comprar á Saint-Cloud para el rey, y á Rambouillet para la reina. Á esta le contestó una vez: «Si lo que V. M. pide es posible, délo por hecho; si es imposible, se hará.» Calonne inspiró en breve á los demas la confianza que él mismo tenía; inventó nuevos modos de proporcionarse dinero, los cuales tuvieron buen éxito, como lo tienen todas las novedades en Francia; hizo que circulase la moneda; genio de la esperanza conforme aquel que dominaba entonces en Paris, llegó á ser el ídolo de esta población. Pero cuando se creía que ya no quedaba ninguna trampa que cubrir, cayó el velo y se vió que la deuda pública había tenido un aumento de 1.600.000.000.

Todo esto daba motivo ó fuerza á las quejas, y la noble juventud que en la guerra de América se había impregnado de ideas republicanas, se unia al estado llano para hacer reclamaciones, ya serias, ya burlescas. La molición de las costumbres había introducido una benevolencia universal, cierta igualdad á la inglesa y á la americana. Reempezaron á las casacas redondas y á la larga cabellera los jubones y el pelo cortado, y un noble podía á ciertas horas presentarse en público sin espada. Debilitábase el respeto á los linajes, y los plebeyos entraban en los consejos y en la administración y adquirían relaciones de parentesco con ilustres familias. Discutiase sobre todo, y en los banquetes y en las conversaciones se ostentaba, ya la pedantería de los filósofos, ya la sensibilidad de los economistas, pero siempre tendiendo al mejoramiento y á los fines mas nobles, y esperando que las generaciones venideras bendecirían á la generación viviente. En la paz de América se creyó ver el triunfo del deseo y tendencias cosmopolitas que animaban á la sociedad, y los sabios lo celebraron sin echar de ver los peligros que la disminución de autoridad podía ocasionar. Elogiábanse las instituciones americanas ó inglesas, ponderándose la necesidad de introducir las en Francia, lo cual no menoscaba el cariño hereditario á la monarquía; aquellos hombres, innovadores pero no facciosos, deseaban la tribuna solo para ostentar en

ella la elocuencia y los conocimientos que cada uno creía poseer.

«Nosotros, jóvenes nobles, dice Segur, sin echar de ménos lo pasado, sin inquietud respecto del porvenir, marcháramos alegremente sobre flores que nos ocultaban el abismo. Jocosos censores de las modas antiguas, del orgullo feudal de nuestros padres y de su grave ceremonial, todo lo que era viejo nos parecia ridículo é impertinente; la gravedad de las doctrinas del tiempo anterior se nos hacia tan pesada cuanto ligera y agradable la filosofía risueña de Voltaire, y sin desentranar demasiado la de escritores mas serios, la admirábamos como prueba de valor y de resistencia á las arbitrariedades. La sencillez del traje inglés nos permitía emanciparnos de un esplendor incómodo en las minuciosidades de la vida privada. Dedicando todo nuestro tiempo á la sociedad, á las fiestas, á los deleites, á los no pesados deberes de la corte y de las guarniciones, gozábamos negligentemente así las ventajas que nos habían traído las antiguas instituciones como la libertad que nos habían dado las nuevas costumbres. De esta manera los dos sistemas lisonjaban al mismo tiempo, uno nuestra vanidad, otro nuestra inclinación á los placeres.

Hallando en nuestros castillos, con nuestros villanos, guardias y jueces algunos vestigios del poder feudal que antiguamente tuvieron nuestros padres; disfrutando en la corte y en las ciudades de las distinciones del nacimiento; elevados en los campos por solo nuestro nombre á los grados superiores y libres ya para mezclarnos sin pompa ni ostáculos entre todos nuestros conciudadanos, para gustar las dulzuras de la igualdad plebeya, veíamos correr nuestra breve primavera en un círculo de ilusiones, en una especie de beatitud cual jamás la habíamos conocido (1). Libertad, trono, aristocracia, democracia, preocupaciones, razon, novedades, filosofía, todo se unia para hacer nuestros días felices, y nunca tan terrible despertar fué precedido de sopor tan dulce y sueños tan seductores...

Tan singular era aquella época, que al paso que estaba floreciente la incredulidad, y se consideraban como unas cadenas todas las leyes, y trataba de preocupaciones la filosofía todas las antiguas creencias y costumbres, gran parte de aquellos sabios jóvenes se calentaban los sesos los unos con la exaltación de los iluminados, con las doctrinas de Swendenborg,

(1) Muy otra cosa era poco ántes, y el príncipe de Ligne escribía: «J'ai vu les jeunes gens de qualité habillés tout à fait, l'épée à côté, à sept heures du matin. Pas un qui allât à pied dans la rue; à cheval, en habit galonné, avec une grande suite, et jamais au trot: les grandes dames avec deux heiduques à la portière; des pages et un peuple de valets sur la voiture; les fils tremblant devant les mères; les filles n'osant presque pas parler aux femmes mariées: des ministres écoutant sans répondre, mais qui faisaient accorder, les grandes actions connues, des pluies de bienfaits et de distinctions.»

» de San Martín, con la comunicacion posible
 » con los espíritus, al paso que otros, estrechán-
 » dose al rededor del estanque de Mesmer,
 » creían en la eficacia universal del magne-
 » tismo, en la infalibilidad de los oráculos so-
 » námbulos. Nunca se ha visto tanta diversidad
 » de opiniones, de gustos y de costumbres; en el
 » seno de las academias aplaudian las máximas
 » filantrópicas, las diatribas contra la vanagloria
 » y los votos de paz perpétua, y al salir de
 » aquellas reuniones se intrigaba y se decla-
 » maba para arrastrar al gobierno á la guerra.
 » Cada cual se esforzaba por eclipsar á los de-
 » mas en lujo, mientras se hablaba en tono
 » republicano y aparentando igualdad; ni nunca
 » hubo en la corte mayor magnificencia y menos
 » poder. Censurábase á los potentados de Ver-
 » sálles y se adulaba á los de la Enciclopedia,
 » y una palabra laudatoria de d'Alembert ó
 » Diderot era preferida al favor mas señalado
 » de un príncipe. Los prelados dejaban sus dió-
 » cesis para solicitar ministerios; los abates
 » escribían versos y novelas escandalosas; en la
 » corte se aplaudian las sentencias republicanas
 » de *Bruto*; los monarcas abrazaban la causa
 » de un pueblo rebelado contra su rey, y se
 » hablaba de independéncia en los campamen-
 » tos, de democracia entre los nobles, de
 » filosofía en los bailes, y de moral en los
 » gabinetes voluptuosos.

» Como la felicidad hace á los hombres
 » indulgentes y confiados, se dejaban correr
 » libremente todos los escritos de reforma,
 » todos los proyectos de innovaciones, los pen-
 » samientos mas liberales, los sistemas mas
 » atrevidos. Todos creían caminar á la perfec-
 » cion y no se cuidaban de los obstáculos, or-
 » gullosos de ser Franceses, y lo que es mas,
 » Franceses del siglo XVIII, que nosotros consi-
 » derábamos como la edad de oro restablecida
 » en la tierra por la nueva filosofía.

» En toda Europa las universidades, las aca-
 » demias, eran el eco de la filosofía francesa;
 » el amor á libertad tomaba el carácter de senti-
 » miento universal; los parlamentos condenaban
 » cualquier libro por deber, por costumbre;
 » pero sus reclamaciones y la oposicion que
 » hacian al ministerio, hablaban mas alto á la
 » opinion que los mismos autores por ellos con-
 » denados.

» La universal imitacion de las modas y cos-
 » tumbres de Inglaterra no era un triunfo de-
 » cretado en honor del buen gusto inglés, ni de
 » su industria, ni de su superioridad en las ar-
 » tes, sino la expresion de un sentimiento muy
 » distinto que cada día iba madurándose mas,
 » á saber: el deseo de ver trasplantadas á
 » Francia las instituciones y la libertad de la
 » Gran Bretaña...

» Comenzábamos á tener *clubs* donde los
 » hombres se reunían, no todavía para discutir,
 » sino para comer, jugar al wíhst y leer obras
 » nuevas: primer paso inobservado, que trajo
 » grandes y por el pronto fatales consecuencias.

» Su primer resultado fué separar á los hom-
 » bres de las mujeres, con notable cambio de
 » nuestras costumbres, que se hicieron menos
 » frívolas, pero también menos urbanas, mas
 » vigorosas, pero menos amables, ganando en
 » ello la política, pero perdiendo la sociabili-
 » dad. Todo tendía á objetos graves, y al par-
 » tido filosófico que conducía á la Revolucion,
 » se unían hombres de importancia, cuyos
 » intentos eran muy diversos.

» Estos progresos de la igualdad, el homenaje
 » tributado á toda especie de mérito personal,
 » el entusiasmo con que se miraban todas las
 » grandezas literarias y filosóficas, ponían en
 » actividad la imaginacion de los poetas, de los
 » artistas, de los escritores (1). »

Tales eran los sueños dorados de la aristo-
 » cracia al borde del abismo. Junto á ella se ele-
 » vaba una generacion que sacaba su fuerza del
 » rencor heredado de una serie de ascendientes
 » oprimidos, generacion que se creía ya madura,
 » no solo para no sufrir mas injurias, sino tam-
 » bien para vengar las pasadas, lo cual hacía, ya
 » con séria oposicion, ya con el escarnio, siem-
 » pre despreciando al rey, á la reina y á la no-
 » bleza.

Sin embargo, mientras la sociedad se tornaba
 » grave y pensadora, la corte se conservaba frí-
 » vola: paliábanse las prodigalidades del sobe-
 » rano creando empleos inútiles; sus dos herma-
 » nos y la casa de Orleans ostentaban un lujo
 » ruinoso; por emular á los Ingleses se compra-
 » ban caballos de enorme precio, y se introduje-
 » ron las inmensas apuestas, la costosa irregula-
 » ridad de los jardines, el juego frenético. En
 » este la reina consumía tesoros, y no menores
 » sumas en modas y joyas, y Luis, pobre de espí-
 » ritu, no sabía sino desaprobár con el silencio
 » aquella disipacion, aquella anglofania.

Los sabios estudiaban los motivos de los apu-
 » ros en que se hallaba el Erario y del desórden
 » de la hacienda, pero entretanto el pueblo, que
 » está mas dispuesto á culpar á las personas que
 » á las cosas, había encontrado ya la víctima, y
 » no atreviéndose á dirigir sus tiros al rey (¡era
 » tan bonazo!) la tomaba con la Austríaca. María
 » Antonieta, mujer de buen fondo, habría podido
 » también ser buena reina, si hubiera tenido
 » quien la guiase; pero su ambicion de familia la
 » impulsaba á pretensiones perjudiciales (2), y su

(1) SÉCUR, *Mémoires*. — En aquel tiempo (1782) el famoso
 » caballero de industria veneciano Casanova, habiendo visitado
 » de nuevo á París, decía de esta capital. « París es la ciudad
 » de todo el mundo, en la cual no falta nada, ni al filósofo, ni
 » al artista, ni al literato, ni al devoto, ni al sensual. La man-
 » sedumbre exterior de los Franceses es tal, que toda clase de
 » personas puede hallarse bien entre ellos; la afabilidad es
 » fingida, pero gusta; las mujeres son puro artificio, pero agra-
 » dan; los libritos que se publican todos los días son frívolos
 » y necios, pero divierten; las artes liberales se hallan en pé-
 » simo estado, pero no hay país en que los artistas sean mas
 » ricos y donde se encuentre mas triunfante el lujo á despecho
 » de la indigencia en que está sumido el Estado. »

(2) María Teresa le había dado una lista de personas con
 » quienes debía hacer amistad, y le dijo: *Os recomiendo en
 » general á los Loreneses*, esto es, que procurase formarse un
 » partido amigo del Austria.

María
 » Antoi-
 » nieta.

débil marido nada sabía negarle. Ansiosa de
 » expansion y de aquella amistad cuyas dulzuras
 » están vedadas á los reyes, se abandonó á las
 » intrigas de la Polignac, la cual no sabía reprim-
 » mir sus imprudentes ligerezas, interpretadas
 » luego por la malignidad en el peor sentido po-
 » sible. Verificóse entonces un cambio también
 » en el vestir de las mujeres, que de magnífico se
 » iba trasformando en sencillo y elegante, de
 » extravagante y pesado en delicado y ligero;
 » por lo cual prefiriéndose los muselinas inglesas
 » á las sedas de Lyon, se arruinaban las fabricas
 » de esta ciudad; y si bien los vestidos costaban
 » menos, tenían que renovarse con mas frecuen-
 » cia, de modo que los maridos lamentaban
 » profundamente una variacion de moda que les
 » dejaba exhaustos los bolsillos.

María Antonieta, de corazón expansivo, de
 » alegres sentimientos, de carácter amistoso y
 » confiado (1), se iba á los bailes de máscara sin
 » su marido; fué la primera reina de Francia
 » que recibió hombres á su mesa, y para que no
 » lo estorbare el ceremonial, los recibía vestida
 » sencillamente de negro; quitábase con frecuen-
 » cia el guardainfante; gustaba del fresco de las
 » noches, tuvo el capricho de ver salir el sol, cosa
 » que jamás había visto, y aquellas peregrina-
 » ciones ocasionaron grande escándalo en la diso-
 » luta París. Los Franceses que habían compade-
 » cido ó aplaudido á las manebas de los reyes,
 » escarneaban con sucias y abyectas injurias á
 » una reina imprudente, pero no depravada, y
 » las canciones infamatorias llegaron hasta los
 » oídos del rey. Por su parte los hombres graves
 » repetían que por consideraciones de parentesco
 » se sacrificaban los intereses de Francia á los de
 » Austria, y cuando José II quiso abrir el Escalda,
 » los Parisienses tomaron partido por los Holan-
 » duses. Despues, este emperador Hegó á París
 » cuando mas en boga estaban los modales puri-
 » tanos y las pretensiones de franqueza, y sin
 » ostentacion, ántes bien haciéndose singular-
 » mente popular, estuvo recorriendo todos los es-
 » tablecimientos, maravillándose de que Luis no
 » hubiese visto ninguno, y esparciendo por todas
 » partes sentencias filosóficas, y el público lo
 » aplaudía olvidando cuán fácil es á los reyes
 » mostrarse liberales en país ajeno.

(1) Madama Capman describe bastante bien la rigorosa for-
 » malidad del vestir de la reina, y las veces que tenía que estar
 » largo rato con la camisa en la mano hasta que llegase una
 » nueva dama que tenía el derecho de ponérsela á S. M., la cual
 » entretanto se quedaba en cueros y temblando de frío. « Cette
 » étiquette, gênante à la vérité, était calculée sur la dignité
 » royale, qui ne doit trouver que des serviteurs, à commencer
 » même par les freres et les sœurs du monarque. Et je ne veux
 » pas désigner cet ordre majestueux, établi dans toutes les
 » cours pour les jours de cérémonie; je parle de cette règle
 » minutieuse qui poursuivait nos rois dans leur intérieur le
 » plus secret, dans leurs heures de souffrances, dans celles de
 » leurs plaisirs, et jusque dans leurs infirmités humaines les
 » plus rebutantes... Quand la reine prenait médecine, c'était
 » la dame d'honneur qui devait retirer le bassin du lit... Des
 » princes, accoutumés à être traités en divinités, finissaient
 » naturellement par croire qu'ils étaient d'une nature particu-
 » lière, d'une essence plus pure que le reste des hommes. »
 » *Mémoires*, c. 4.

Ciertos accidentes fortuitos vinieron á dar ar-
 » mas á los enemigos de la Austríaca.

La experiencia de cada día nos demuestra
 » que los hombres se hacen supersticiosos cuando
 » pierden la religion y crédulos cuando reniegan
 » de la fe. Ya hemos indicado, que aun los doc-
 » tos y pensadores procuraban llenar con
 » cábalas, teosofía y sociedades secretas, el
 » inmenso vacío que dejaba en ellos la negacion
 » de Dios; y así como Alemania tenía nicolaístas
 » ó iluminados (*aufklärer*), así Francia tenía
 » martinistas y filaretos, y sobre todo París, edu-
 » cada segun la nueva sabiduría de los filosofis-
 » tas, era la víctima y el juguete de los impos-
 » tores. Un aventurero que se titulaba conde de
 » Saint-Germain, hombre de gran erudicion ó por
 » lo ménos de mucha memoria, y en inteligencia
 » con los iluminados de Alemania, fué llevado á
 » Francia por el marques de Belle Isle, que lo te-
 » nía por su consejero, y presentado por la Pom-
 » padour á Luis XV, el cual pasaba largas horas
 » de la noche en oír sus extravagancias. Decía
 » este aventurero que para estimar á los hombres
 » era necesario no ser ni confesor, ni ministro,
 » ni comisario de policia; mostraba y regalaba
 » ricas joyas; manifestábase gran conocedor de
 » cuadros, y tenía algunos que descubria con
 » misterio y solo á personas muy inteligentes,
 » verdadero modo de granjearse admiracion.
 » Trataba con confianza excesiva á los grandes y
 » entraba con la misma en las sociedades; exci-
 » taba la curiosidad con cuentos singularísimos
 » presentándose como testigo ocular de los mas
 » antiguos sucesos. Acaso no era sino un espia;
 » pero aquellos animales de Parisienses, como
 » él los llamaba, creyeron que tenía doscientos,
 » quinientos y aun mil años, y que se había sen-
 » tado entre los convidados á las bodas de Caná,
 » habiendo vivido hasta entonces merced á un
 » elixir de inmortalidad que para su uso particu-
 » lar había compuesto.

También en aquellos días adquirió una triste
 » celebridad el Veneciano Casanova que nos dejó
 » escritas sus ingeniosas Memorias (1), en las cua-
 » les el cinismo de la expresion compite con la
 » inmoralidad del pensamiento. También Estéban
 » Zanoowic, tahur y estafador, que se decía des-
 » cendiente de Scanderberg y príncipe de Albania
 » y había escrito mucho en italiano y en frances,

(1) Entre las aventuras que cuenta con escandalosa fran-
 » queza, conviene á nuestro propósito recordar la siguiente.
 » A una vieja rica le dió á entender que tenía un licor mágico
 » con el cual podía rejuvenecerse. En prueba de ello le pre-
 » sentó una mozueta pública disfrazada de vieja, á la cual
 » hizo acostar en su presencia y habiéndole administrado su
 » licor, se la mostró luego fresca y convertida en joven de
 » diez y ocho años. La vieja le ofreció entonces tesoros y le
 » abrió sus cofres para obtener igual efecto, y él haciéndola
 » meter en la cama le dió un poderoso breverage soporífero, y
 » mientras dormía la robó cuanto oro y cuantas joyas y alhajas
 » quiso. Pero no acaba aquí la historia, pues habiendo entre-
 » gado el robo á un criado de su confianza que le esperaba á
 » la puerta, le mandó que fuese á aguardarlo á una hosteria
 » no lejos de París, mientras él daba cincuenta lises á la
 » mozueta, su cómplice. En efecto, esta recibió el precio pacta-
 » do; pero Casanova no encontró á su servidor ni volvió á
 » verlo, habiendo quedado groseramente engañado y sin un
 » cuarto despues de tanta astucia como empleó para engañar.

Saint-
 » Ger-
 » main.
 » 1740.

Casa-
 » nova.
 » 1803.

encontró crédulos en Oriente, en Alemania y en los Países Bajos, y sacó inmensas sumas tanto á las córtes como á los negociantes holandeses, hasta que preso por deudas y fraudes en Amsterdam, adonde habia ido á pedir un millon en pago de pretendidos servicios, se salvó de la horca suicidándose (1785).

Podríamos alargar esta lista, aun sin hacer mencion del rey Teodoro. Ya hemos hablado del Suavo Mesmer, el cual llegó á Paris cuando nada daba pasto á la curiosidad, ni los negocios públicos que dormían, ni las contiendas entre molinistas y jansenistas que se habian apaciguado. Los descubrimientos acostumbraban á no creer nada imposible, y la manía social de saberlo todo, hacia que se confundiese al químico con el droguero, al fisico con el charlatan. Así, pues, aquellos que habian vacilado en creer en los fenómenos de la electricidad, luego que se convencian de su existencia, aceptaban todas las exageraciones de los embaucadores, y los que se habian reido de los convulsionarios de San Medardo dieron crédito á Mesmer, que trasformaba á los hombres en máquinas eléctricas perfectas, en que lo superfluo del uno pasando al otro producía salud y ciencia. Médicos y filósofos, Lafayette y Bergasse, el entendido diputado d'Épremesnil y el naturalista Jussieu creyeron en él; el rey le ofreció en 1781 veinte mil francos de pensión á Mesmer, siempre que comunicase su secreto á tres hombres científicos; pero él rechazó tan miserable suma: una comision de académicos lo declaró charlatan; pero una suscripcion abierta en su favor entre los curados por él produjo 340,000 francos.

De todos estos artificios de charlatanes y de hombres científicos se aprovechó el conde de Cagliostro. Dicen que este fué un tal José Balsamo, natural de Palermo, el cual comenzó sus trapacerías robando á un platero sesenta onzas de oro, por medio de la promesa que le hizo de descubrirle un tesoro escondido. Viajó por muchos países y pretendía haber viajado por muchos mas, y en todos ellos cambió de nombre y de profesion, buscando fortuna con sus drogas, con sus charlatanerías, con el juego, con vender los favores de su mujer. En Estrasburgo fué recibido en triunfo (1783), y justificó este recibimiento con actos de beneficencia, asistiendo á enfermos de balde, siendo afable con los pobres y despreciando á los ricos, que en tropel acudían á consultarlo. Establecido despues en Paris, ademas de curar enfermos evocaba los muertos, con tal habilidad que el naturalista Ramon, que nada tenía de tonto, al cabo quedó convencido de ello. Á sus magníficos salones concurría cuanto habia de mas distinguido y docto en la grande ciudad, haciendo él olvidar así á Puysegur, Mesmer, los aerostáticos de Mongolfier, las economías de Turgot; por todas partes se ponía su busto, su retrato en las cajas de tabaco en polvo y en las sortijas. Su mujer anunció un curso de magia

natural; pero con dificultad reunió tres docenas de adeptas la primera noche que escribió sus nombres. Todas eran señoras de alto bordo, y debían jurar fe y sigilo y pagar cada una cien luises de oro. Al fin desacreditado se fué á Roma, llevando recomendaciones del obispo de Trento, que se persuadía que le habia convertido. Vivió algun tiempo con prudencia; pero viéndose escaso de recursos, volvió á sus trapacerías; fué denunciado como hereje al Santo Oficio, arrestado con su mujer, y despues de una larga causa condenado á muerte; pero esta sentencia capital se le conmutó en cárcel perpétua.

Antes de sus infortunios se habia captado la confianza de Luis de Rohan, gran limosnero de Francia. Este prelado, hombre de malas costumbres, vanidoso y frívolo, hallándose de embajador en Viena, no dió otra cosa á sus familiares mas que el permiso para ejercer el contrabando, y se enfangó en un cúmulo de deudas y de intrigas; pero á pesar de toda su infamia fué promovido á cardenal por ser de régia estirpe. Decía que no sabia cómo un hombre galante podia vivir con ménos de un millon 200,000 francos de renta; y habiendo oído hablar de una enorme quiebra, exclamó: *Bancarotas de esa magnitud no son licitas sino al rey y á los Rohan*. Hería su amor propio de galanteador y de hombre principal el no haber podido nunca caer en gracia á María Antonieta, y tanto mas ofendía su vanidad este contra-tiempo, cuanto que consideraba á la reina como un obstáculo para el nombramiento que ambicionaba de primer ministro. Cagliostro lo engañó con la promesa de inspirar pasion á la reina por medio de artes ocultas, y preparó la trama con la condesa de La Mothe, descendiente de los Valois, pobre, seductora y corrompida.

Luis XV habia encargado á Böhmer, joyero de la corte, que le hiciera un collar del valor de dos millones de francos para la indecente Barry; pero habiendo muerto en este tiempo el rey, Böhmer se le ofreció por 1.600,000 francos á María Antonieta. El rey se asustó del precio y tuvo valor para negarse á hacer semejante gasto; pero María Antonieta no lo tuvo para renunciar á su deseo. La condesa de La Mothe dió á entender á Rhoan que iba de parte de la reina á rogarlo que la hiciera, en premio de un gran favor, el gran servicio de comprarle el collar, que ella despues lo pagaria á plazos, en prueba de lo cual le llevó un billete firmado por María Antonieta (1). Con esto quedaron lisonjeadas la vanidad y la lascivia del prelado, y habiéndose inducido á una mujer pública, llamada Oliva, á que fingiese ser la reina en una cita nocturna preparada en el jardín de Versalles, se compró el collar y fué dado á la condesa de La Mothe para que lo llevara á María Antonieta; pero ella lo llevó á Lóndres y allí

(1) Es decir, firmado *María Antonieta de Francia*, título que no le pertenecía por ser Austriaca.

lo vendió. Vencido el primer plazo señalado para el pago, el joyero pidió su importe, y el cardenal no teniendo medios de satisfacerlo, le dijo que acudiese á la reina. De este modo se pusieron en claro la intriga y las culpables esperanzas del cardenal; Luis, en vez de guardar el secreto, cedió al resentimiento é hizo público aquel que no pasaba de ser un escándalo doméstico; Rohan con vestiduras pontificales, como se hallaba para cantar la misa de la Asuncion, fué encerrado en la Bastilla, la condesa de La Mothe llevada á la cárcel, y el parlamento recibió orden de formar causa.

Grande excitacion causaron en la sociedad escándalos tan inauditos, como eran un cardenal procesado entre un charlatan y una prostituta; una reina mezclada en sucias intrigas; un rey que conmovia por su mano aquellas bases del trono, á saber, los privilegios del clero y de la nobleza, en las cuales hacia tantos años que se estaba procurando abrir brecha; un monarca, en fin, que introducía la mirada maligna del público en los secretos del tálamo, y ofrecía al parlamento una ocasion de agitar aquel asqueroso negocio y desfogar su latente rencor.

No habiendo recusado Rohan el fuero incompetente del parlamento, este despues de seis meses de un proceso indecentísimo, lo absolvió, y también á Cagliostro, y ambos obtuvieron del público ovaciones, con gran mengua del honor de la reina, como si hubiesen sido víctimas de las intrigas de la odiada Austriaca. La condesa de La Mothe fué condenada á desdarse con la cuerda al cuello y despues á ser azotada, marcada y encerrada en la Salpêtrière por toda su vida; pero habiendo logrado escaparse, apeló á la imprenta para arrastrar por el cieno el nombre de María Antonieta.

CAPÍTULO XXXVII

Preludios de la Revolucion.

El gobierno frances, como los demas de Europa, procedía directamente de la conquista y del feudalismo. Entre un pueblo vencido y reducido á condiciones serviles se habian establecido como dueños algunos señores iguales é independientes entre sí, apropiándose en virtud de la espada el terreno, la jurisdiccion y el derecho de paz y guerra. Con largas vicisitudes y á pesar de la opresion armada de los poseedores, se rehizo despues la riqueza mueble, y se elevaron los municipios, donde el industrial y el mercader recobraron los derechos de hombre. Pero tuvo que pasarse mucho tiempo ántes de que la fuerza renunciase á sus privilegios en manos de la justicia y de la razon, y de que los hábitos de violencia y desigualdad se acomodaran á un orden uniforme; por lo cual se prolongó muchísimo la lucha del privilegio

contra la libertad, ó sea de la fuerza contra la justicia.

En tanto entre aquellos señores feudales uno mas afortunado llegó á sujetar á los demas; sus sucesores poco á poco dieron unidad al territorio frances, y extendieron por todo él la fuerza pública, representada en el nombre del rey; y habiéndose proseguido esta obra á largos intervalos y por vías diversas, resultó entre los diferentes países gran variedad de prerogativas, barreras y derechos, todo fundado en prácticas consuetudinarias, que jamas llegaron á ser ley general y constitucion.

Un rey astuto y otro magnífico, obligando ó deslumbrando, pudieron concentrar en sí toda la monarquía. Esta, con Enrique IV, habia llegado á ser, no ya cúpula, sino base de la sociedad, cesando las libertades municipales y convirtiéndose la nobleza guerrera en nobleza de corte. Luis XIV, utilizando primero la autoridad para establecer el orden, y despues el orden para establecer el absolutismo, pudo exclamar: *El Estado soy yo*. En efecto, legalmente nada se oponía á la voluntad del rey, que emprendía guerras por capricho, hacia alianzas por vanidad de los ministros, suspendía los efectos de la victoria en Holanda por visitar á una querida, prodigaba á sus mancebas los tesoros de Francia y pretendía cambiar el orden de sucesion en favor de sus bastardos.

Si habia sido un bien para los pueblos que los reyes franceses hubiesen quitado la autoridad á los barones feudales, por otra parte los perjudicaba en gran manera que la hubiesen concentrado en sí mismos. En esto los reyes no hicieron mas que imitar á un juez que se guardase para sí lo hurtado, en vez de devolverlo á su legítimo dueño. La monarquía, pues, separada de la nobleza y del clero, y no representando ya desde el tiempo de Luis XIV los intereses del pueblo, no trataba mas que de fortalecerse: compraba siervos, pero no tenia amigos, y reducía todos sus esfuerzos á proporcionarse dinero, soldados, arbitrios.

La administracion tendía á hacerse cada vez mas despótica y á excluir á los señores del conocimiento y distribucion de los impuestos hasta en los países llamados de eleccion, porque tenían derecho á elegir sus comisiones á este efecto. Habiendo llegado á ser un arte superior el de manejar los negocios de la hacienda, necesitábase asegurar el producto de las rentas con rigorosas medidas, y por lo mismo se arrendaban á asentistas (*fermiers*) de poder ilimitado. Contra las órdenes de prision firmadas en blanco por el rey, no habia persona que estuviere segura; comprábanse estas cédulas para deshacerse de un marido celoso ó de un rival afortunado, y la victima no podia averiguar la razon de su desgracia, pues la única que se alegaba era la voluntad del rey, que las mas veces ignoraba el uso hecho de su firma. Así se pudo enviar á Voltaire á la Bastilla, tener veinticinco años desterrado á Maurepas, y por